



Ninguno de nosotros hemos conocido a Jesús. Y ninguno de nosotros hemos visto a Dios. Pero todos somos como aquel niño que con mucho entusiasmo e imaginación se puso a hacer un dibujo de Dios. Cuando su madre lo vio, le dijo: ¿cómo vas a dibujar a Dios si nadie sabe cómo es? Y el niño, con toda su inocencia, le contestó: lo sabrán cuando termine mi dibujo.

Yo, también, intento dibujar al Jesús que no he conocido y al Dios a quien no he visto con palabras: palabras de la Escritura y palabras mías. Y alguno podría decir: ¿cómo puede hablar de alguien a quien nunca ha visto?

Y ojalá pudiera decir yo también con la inocencia del niño: lo sabrán cuando termine de hablar; lo sabrán cuando escuchen la proclamación de la Palabra; lo sabrán cuando empiecen a vivir según la Palabra; lo sabrán cuando amen como Dios ama.

Sabemos que alguien es el mejor futbolista, no porque lo dice la prensa, sino porque gana los partidos y hace muy bien su trabajo.

Sabemos que Dios es amor, no porque lo dicen los curas, sino porque en Jesucristo dio la vida por todos, por los buenos y los malos. Sabemos que Dios es amor, no por lo que decimos o cómo lo pintamos, sino por el bien que hacemos a los demás.

Dios no es una enseñanza maravillosa. Dios es una vida sencilla y entregada.

Nosotros somos el retrato de Dios y de Jesucristo cuando amamos. Nosotros somos los embajadores de Dios y de Jesucristo y tenemos que representarlos bien, tenemos que hablar bien y tenemos que hacer lo que ellos hacen, amar.

Jesús, en este evangelio de hoy, que es su discurso de despedida, hace una oración por nosotros, sus discípulos, sus seguidores. Jesús ora por nosotros. "Jesús levantando los ojos al cielo dijo: Padre santo, guarda a los que me diste, que todos sean uno. Ahora vuelvo a ti. No te pido que los saques del mundo pero sí que los defiendas del maligno. Hazlos santos según la verdad".